

9/17/91

3 C  
NA

## Ciencia / medicina tecnología

### Ecología profunda

Aldemaro Romero Díaz

**E**N 1972, cuando el movimiento ecológico mundial apenas estaba comenzando a madurar, el filósofo noruego Arne Naess escribió un trabajo titulado "El alcance superficial y profundo de los movimientos ecológicos". En ese ensayo, Naess proponía varias ideas fundamentales que transformarían los movimientos ecológicos de hoy.

Naess afirmaba que existe una estrecha interrelación entre todos los elementos del planeta, que ninguna especie tiene privilegios, que todas tienen derecho a existir y que las mismas así como los procesos ecológicos, debieran generar un profundo respeto, hasta veneración. Asimismo, sustentaba que el ejemplo de equidad en la naturaleza desarrollaría un concepto similar hacia la sociedad humana que incluía la lucha contra la contaminación y la sobreexplotación de los recursos naturales y que la mejor manera de asegurar la conservación de esos recursos y el balance ecológico en general, era a través de una sociedad descentralizada y localmente autónoma, basada en el concepto de que son las poblaciones locales, y no el Gobierno central, a las que en definitiva les duele lo que ocurre en un lugar determinado.

No sería sino hasta los 80 que estas ideas cobrarían cuerpo, reforzadas con el concepto de crecimiento poblacional nulo y de una sociedad menos consumista que se concentrase en satisfacer las auténticas necesidades primarias y no las superfluas dentro de una filosofía avanzada de calidad de vida. A partir de entonces nació el movimiento de "Ecología Profunda" (Deep Ecology) del cual han surgido los partidos verdes, grupos activistas como Amigos de la Tierra y La Tierra Primero (Earth First), el ecofeminismo y hasta la incorporación de esta filosofía en los movimientos religiosos modernos en los que se considera que una manera de reverenciar a Dios es mostrando respeto por la naturaleza.

La forma más visible de la Ecología Profunda está, más que en aspectos filosóficos, en nuestro comportamiento diario como ciudadanos.

A pesar del impacto positivo de este movimiento en muchos países, en Venezuela permanecemos en la década de los 60. Por un lado, muchos de nuestros grupos ambientalistas todavía están anclados en los slogans y posturas de esa época, según la cual la industria es mala, el dinero es malo, lo extranjero es sospechoso (cuando no culpable) de nuestros problemas ambientales y que no se puede ser un ambientalista de verdad si no se tienen suficientes credenciales de izquierdista (lo cual, junto con un aspecto físico de "hippie", ayuda).

Por otro lado tenemos el Gobierno. La actual administración ambiental del país se esfuerza cada día más en hacernos creer que no tenemos problemas ambientales (cuando son evidentes) y que el legitimarlos proviene del número de decretos que emana (en un país donde existe un abismo entre la legislación y su aplicación). Olvida con ello que las bases de los cambios sociales con respecto al ambiente se desarrollan sobre una sociedad informada y, por consiguiente, preocupada por la realidad ambiental y en individuos que a través de sus acciones diarias ayudan a hacer un ambiente mejor. Que la ocultación de la verdad es antidemocrática. Que la legislación es un instrumento, no un fin.

Si queremos un ambiente mejor en Venezuela, debemos empezar por ser honestos y reconocer nuestra grave situación ecológica. Debemos reconocer que los causantes de la misma somos nosotros como individuos, como empresas (públicas y privadas) y como Gobierno y no el Fondo Monetario Internacional o la CIA. Que los cambios de actitud se logran cuando el liderazgo ambiental del país, a través de su conducta diaria, desarrolla patrones ambientales éticos emulables.

En definitiva, cuando comencemos una transición del ambientalismo de la retórica y la postura de los años 60, a uno de la acción y la ética de la Ecología Profunda de los 90, entonces podremos decir que hemos abandonado el oscurantismo que nos ahoga y comenzaremos a ver la luz al final del túnel.